

Las causas históricas del separatismo árabe

Introducción: *Il programma comunista*, panarabismo y el mito de la raza blanca

Una civilización que se muestra incapaz de resolver los problemas que crea es una civilización decadente.

-Aimé Césaire

A finales de la década de 1950, en medio de la llamada Guerra Fría árabe, la principal revista de la izquierda comunista italiana, *Il Programma Comunista*, publicó una serie de artículos sobre el nacionalismo árabe, que hemos traducido y publicado a continuación¹. Estos artículos vinculan los intentos de unir a los pueblos de habla árabe en un nuevo Estado suprarregional con el destino de la "podrida, corrupta y letal Europa burguesa, infectada de reacción y fascismo más o menos disfrazado, que durante cuarenta años ha sido el inagotable caldo de cultivo de la guerra imperialista y la contrarrevolución". "¿Quién", se preguntaba *Il Programma*, "puede medir el gigantesco impacto revolucionario del derrumbe del mito de la superioridad de la raza blanca?".

¹ Aunque presentan algunas de las características estilísticas de Amadeo Bordiga, estos artículos anónimos no fueron atribuidos a Bordiga en Arturo Peregalli y Sandro Saggiolo, Amadeo Bordiga (1889-1970): bibliografía, Colibrì, Paderno Dugnano, 1995. Por ello, a continuación sólo los atribuimos a *Il Programma Comunista* (abreviado *Il Programma*). Otros artículos sin firma sobre el mismo tema o temas afines que (aún) no aparecen a continuación se pueden encontrar en <https://www.pcint.org/>:

‘La crisi del Medio Oriente (1), L’immobile Occidente e il dinamico Oriente’, nº20, 6-20 de noviembre de 1955;

‘La crisi del Medio Oriente (2)’, nº21, del 20 de noviembre al 2 de diciembre de 1955;

‘Il terremoto Medio Oriente. Il "bluff" russo (1)’, nº 7, del 31 de marzo al 13 de abril de 1956;

‘Il terremoto Medio Oriente (2). Giordania e Cipro - Il duello anglo-americano’. nº8, 13-27 de abril de 1956;

‘Il terremoto Medio Oriente’, nº 13, 15-29 de junio de 1956;

‘Il terremoto Medio Oriente (4)’, nº21, del 20 de octubre al 3 de noviembre de 1956;

‘Gli spavieri dell’altro imperialismo piombano sul Medio Oriente’, nº 22, 3-17 de noviembre de 1956;

‘L’imperialismo gangster del dollaro aggredisce la rivoluzione araba’, nº14, del 20 de julio al 2 de agosto de 1958;

‘La crisi della Svizzera del Medio Oriente’, nº13, 5-19 de julio de 1958;

‘Medio Oriente e Algeria: Lipocrisia piratesco regno della coesistenza pacifica’, nº16, 8-17 de septiembre de 1958;

‘Il mito della solidarietà araba’, nº18, 4 de octubre de 1961.

Se trataba de la idea de "la carga del hombre blanco", un apoyo ideológico al orden imperial occidental que había que destruir antes de que pudiera surgir algo parecido al socialismo o al comunismo. Amadeo Bordiga, autor anónimo de muchos de los artículos de *Il Programma Comunista*, había insistido, en su característico estilo oracular, en que "la civilización, cuyo amanecer hemos mostrado, debe experimentar su apocalipsis antes que nosotros. El socialismo y el comunismo vienen después y se sitúan por encima de la civilización, del mismo modo que la civilización siguió a la barbarie y se situó por encima de ella"². Hoy asistimos a un apocalipsis palestino en el doble sentido de la palabra, como revelación de la verdad del poder occidental y catástrofe humanitaria de la magnitud de los bombardeos de Nagasaki e Hiroshima³. Pero si el bombardeo atómico de Japón inauguró el actual orden mundial, hoy podemos estar llegando a su fin. Como hemos argumentado, nuestro "tiempo está atravesado por el desorden tanto desde arriba como desde abajo, y esta crisis parece estar deshaciendo las bases de la larga paz (la *Pax Americana*) que interrumpió el desarrollo revolucionario de una época anterior"⁴.

La causa palestina está movilizando a cientos de miles, probablemente millones, en manifestaciones y protestas en todo el mundo y amenaza con desencadenar una nueva primavera árabe en Oriente Medio⁵. Muchos, quizás la mayoría, de los occidentales que están saliendo a la calle para protestar contra los bombardeos y la hambruna de Gaza no simpatizan profundamente con Hamás ni con los movimientos islamistas que saltaron a la palestra tras la derrota del nacionalismo árabe analizado por *Il Programma Comunista*. Pero al igual que los internacionalistas italianos declararon en 1958 que estaban a favor de la revolución nacional árabe, ya que creían que podía desestabilizar al imperialismo occidental (el enemigo más potente del proletariado mundial), es racional que los internacionalistas apoyen hoy la liberación palestina. No porque la liberación nacional pueda conducir a una ruptura con el

² Bordiga, A. (1951): *Avanti, barbari!*, *Battaglia Comunista*, n°22. Disponible en: <https://artilleriainmanente.noblogs.org/?p=2472>

³ El Observatorio Euromediterráneo de Derechos Humanos calcula que Israel "ha arrojado más de 25.000 toneladas de explosivos sobre la Franja de Gaza desde el 7 de octubre, lo que equivale a dos bombas nucleares. En comparación, la bomba nuclear Little Boy lanzada por Estados Unidos sobre Hiroshima durante la Segunda Guerra Mundial arrojó 15.000 toneladas de explosivos de gran potencia y destruyó todo en un radio de una milla (1,6 km)".

⁴ Endnotes, "Onward Barbarians", septiembre de 2020. Disponible en: <https://endnotes.org.uk/posts/endnotes-onward-barbarians>

⁵ Sania Mahyou, "Can Israel's war on Gaza trigger a 'Palestinian Spring' in the Arab world?", *The New Arab*, 10 April 2024. Disponible en: <https://www.newarab.com/opinion/can-gaza-trigger-palestinian-spring-arab-world>

sistema capitalista (no puede, ya que el capitalismo es necesariamente un sistema de empresas y naciones en competencia), sino porque lo que está en juego en la lucha palestina son precisamente los efectos potencialmente revolucionarios del colapso del mito de la superioridad de la raza blanca.

La notoria crítica de Bordiga al antifascismo guarda similitudes con la insistencia de Aimé Césaire de la misma época en que lo que los burgueses antifascistas "no pueden perdonar a Hitler no es el crimen en sí mismo, el crimen contra el hombre... sino el hecho de que aplicara a Europa procedimientos colonialistas que hasta entonces habían estado reservados exclusivamente a los árabes de Argelia, los coolies de la India y los negros de África"⁶. Al igual que Césaire, que en 1950 insistía en que el colonialismo "no puede sino provocar la ruina de la propia Europa, y que Europa, si no tiene cuidado, perecerá por el vacío que ha creado a su alrededor", Il Programma predijo que la arrogancia del imperialismo occidental sería la perdición de las potencias europeas y atlánticas. En este sentido, se argumentaba que el capitalismo estaba creando las condiciones para su superación, ya que la derrota de Occidente sentaría las bases para una revolución mundial. En este sentido, la unidad árabe sería un paso potencial en el camino hacia el comunismo, en el que las fuerzas no proletarias podrían desempeñar un papel esencial⁷.

En los artículos que traducimos a continuación, Il Programma sostiene que la unidad árabe podría adoptar una de dos formas. Podría producirse mediante "la conquista militar por parte de un Estado hegemónico que borre las particiones estatales imperantes en los territorios habitados por personas de raza y lengua árabes". O podría venir de "una revolución de las clases bajas que, destruyendo el orden establecido, sienta las bases de un Estado unitario". La primera alternativa, que haría por el mundo árabe lo que "Prusia hizo por Alemania y Piamonte por Italia", sería, según Il Programma, derrotada con toda probabilidad por una intervención militar occidental. Para demostrarlo señalaron, en 1959, la presencia de la 6^a

⁶ Aimé Césaire, *Discourse on Colonialism* (New York: Monthly Review Press, 2000), pp. 36-37. Este pasaje va precedido de lo siguiente: "Valdría la pena estudiar clínicamente, en detalle, los pasos dados por Hitler y el hitlerismo y revelar al muy distinguido, muy humanista, muy cristiano burgués del siglo XX que, sin que se dé cuenta, tiene un Hitler dentro de sí, que Hitler habita en él, que Hitler es su demonio."

⁷ En otro artículo aparecido el mismo año en Il Programma Comunista, el autor o autores anónimos escriben: "No cabe duda de que la formación de un Estado árabe unitario, barriendo los obstáculos reaccionarios que se le oponen, induciría una profunda revolución social." ("L'imperialismo gangster del dollaro aggredisce la rivoluzione araba", n°14, 20 de julio a 2 de agosto de 1958).

Flota estadounidense en aguas libanesas. Hoy podríamos señalar las operaciones Aspides y Prosperity Guardian en el Mar Rojo.

Pero, según Il Programma en 1958, la otra vía hacia la unidad árabe -una revolución desde abajo- "seguía faltando". La revolución nasserista no había sido un "movimiento revolucionario de masas", ya que había dejado intactas las relaciones feudales en el campo egipcio, ni había "expresado la poderosa voluntad de una burguesía digna de este nombre." Los panarabistas de El Cairo y Damasco habían confiado su suerte política a las intrigas de los Estados, razón por la cual fracasarían. Sin embargo, Il Programma esperaba futuras luchas que "permitieran a los árabes liberarse de la subyugación al imperialismo, por un lado, y de las supervivencias del particularismo feudal, por otro".

¿Estamos asistiendo hoy a una evolución semejante? Hemos argumentado en otro lugar, siguiendo a Asef Bayat, que la nuestra es una era de acumulación global de no-movimientos⁸. Éstos son la expresión de un orden económico global en estancamiento secular y del desmoronamiento de un orden geopolítico que surgió en 1948 con la fundación del Estado israelí y la Nakba palestina. Hoy, 76 años después, la lucha palestina se ha convertido en un punto focal de lo que hemos llamado las "expresiones subjetivas del desorden objetivo de nuestro tiempo". Además de la movilización de movimientos políticos y militares más clásicos, como los rebeldes hutíes y Hezbolá, el mundo árabe ha sido testigo de protestas a gran escala contra el genocidio de Gaza. Miles de personas han sido detenidas en Jordania y Egipto, mientras que incluso en los Estados del Golfo se han producido modestas protestas⁹. Aunque estas protestas hayan sido limitadas, suponen una grave amenaza para los gobiernos árabes, que gobiernan algunas de las sociedades más desiguales del mundo. Como afirmó recientemente un analista, "la cuestión de Palestina es una cuestión de injusticia, y esa cuestión de injusticia es interpretada por las masas árabes como un símbolo de la búsqueda de justicia en todos los ámbitos, lo que también incluye criticar a los regímenes autoritarios del mundo árabe, que son monumentalmente injustos"¹⁰. O, como lo expresó sucintamente un

⁸ Endnotes, "Onward Barbarians", septiembre de 2020. Disponible en: <https://endnotes.org.uk/posts/endnotes-onward-barbarians>

⁹ Dana El Kurd, "Although Limited, Arab Public Protests Against the War in Gaza Continue" *Arab Center Washington DC*, 30 de abril de 2024. Disponible en: <https://arabcenterdc.org/resource/although-limited-arab-public-protests-against-the-war-in-gaza-continue/>

¹⁰ Giorgio Cafiero, "Why Arab leaders aren't helping the Palestinians in Gaza", *Responsible Statecraft*, 20 de mayo de 2024. Disponible en: <https://responsiblestatecraft.org/arab-leaders-not-helping-palestinians/#:~:text=Fear%20of%2>

activista en Kuwait tras una serie de sentadas en apoyo a Palestina: "[l]o que le está ocurriendo al pueblo palestino aclara el fundamento del problema para los árabes de todo el mundo"¹¹. En consecuencia, las encuestas de opinión en Oriente Medio indican no sólo que la mayoría de la gente se opone profundamente a Israel y a las potencias occidentales, sino que existe una clara conciencia de la complicidad de los dirigentes árabes en el genocidio, que muchos temen que conduzca a una tercera Primavera Árabe¹².

En 2011, durante la primera Primavera Árabe, Gaza y Cisjordania también fueron escenario de una serie de importantes protestas contra el aumento de los precios del combustible, el empeoramiento del nivel de vida y los impagos de los salarios del sector público. Estas protestas, que adoptaron la forma de feroces disturbios y huelgas (incluso autoinmolaciones), fueron reprimidas por las fuerzas combinadas de Hamás y la Autoridad Palestina¹³. Cuando una segunda Primavera Árabe barrió el norte de África y Oriente Próximo en 2019, Palestina permaneció relativamente tranquila, lo que algunos explicaron haciendo referencia a un viejo dicho de Yaser Arafat: "[n]o hay que esperar revoluciones en Palestina. Los palestinos siempre estarán más enfadados con los israelíes que conmigo"¹⁴. Sin embargo, hoy existe un miedo palpable entre los líderes de los Estados árabes a que la guerra en Gaza amenace su poder. Y la guerra ha significado que la causa palestina se está convirtiendo en un problema global. El llamamiento a liberar Palestina se ha convertido en un grito de guerra que está produciendo una unidad contra los intereses imperialistas y los líderes regionales que el Programa Comunista habría considerado revolucionaria en un

[Opolitical%20mobilization&text=This%20is%20the%20case%20irrespective,regime%2Dbac ked%20narratives%20and%20interests.](#)

¹¹ Vivian Yee, Vivian Nereim y Emad Mekay, "As Anger Grows Over Gaza, Arab Leaders Crack Down on Protests", *New York Times*, 29 de abril de 2024. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2024/04/29/world/middleeast/gaza-arab-protests-crackdown.html>

¹² Yasmine Akrimi, "The Arab World, the Question of Palestine and the Spectrum of the Arab Spring", Brussels International Center, 4 de abril de 2024. Disponible en: <https://www.bic-rhr.com/research/arab-world-question-palestine-and-spectrum-arab-spring> [La segunda Primavera Árabe tuvo lugar en 2019, especialmente en Irak, Sudán y Argelia.]

¹³ Wendy Pearlman: "Palestine and the Arab Uprisings" en Adam Roberts y cía., *Civil Resistance in the Arab Spring: Triumphs and Disasters*.

¹⁴ Aaron David Miller "Why No Arab Spring in Palestine", *Carnegie*, noviembre de 2019. Disponible en: <https://carnegieendowment.org/posts/2019/11/why-no-arab-spring-in-palestine?lang=en>

sentido histórico: una "unidad desde abajo" que está desgarrando los cimientos políticos y económicos del sistema mundial capitalista¹⁵.

Aunque la famosa predicción de Bordiga sobre una revolución mundial en los años 70 no se cumplió, esa década sí confirmó su pronóstico sobre el destino del nacionalismo árabe¹⁶. Antes de que Husayn ibn Alí (1853-1931), el sharif de La Meca, proclamara en la primavera de 1916 la "Gran Revuelta Árabe", los intelectuales árabes del Imperio Otomano consideraban que el nacionalismo era una fuerza engañosa (una importación occidental). Los turcos habían dominado Oriente Próximo desde el siglo XVI. En ese momento de la historia, el califato no era una nación centrada en los árabes y sus costumbres, sino una enorme civilización que incluía musulmanes de distintos grupos lingüísticos y también prósperas culturas judía y cristiana. El declive de este mundo fue un proceso complicado, pero su muerte fue certificada en el Acuerdo Sykes-Picot por los vencedores de la Primera Guerra Mundial, las potencias occidentales que Bordiga había identificado como los defensores más

¹⁵ Por supuesto, una unidad "desde arriba" todavía puede ser una posibilidad. Zbigniew Brzezinski, el gran ideólogo de la Pax Americana, advirtió en *The Grand Chessboard* sobre la aparición de una alianza entre Rusia, China e Irán. El autor reflexionaba que Estados Unidos debía hacer todo lo posible para evitar esa situación porque ello socavaría su posición hegemónica. Pero aunque la derrota de Israel, y por tanto de los intereses estadounidenses en Oriente Próximo, facilitara que los intereses chinos y rusos intervinieran más directamente en la región, también podría facilitar el desarrollo de una tercera Primavera Árabe. No hay garantías, pero Estados Unidos reforzó sus conexiones con los regímenes autoritarios de la región después de 2011, estableciendo bases militares y facilitando acuerdos armamentísticos con gobiernos despóticos desde Bahreín hasta Yemen. Los llamados Acuerdos de Abraham, iniciados bajo el mandato de Trump y mantenidos por Biden, no pretendían establecer una "normalización árabe-israelí". Se trataba de un esfuerzo, a raíz de la Primavera Árabe, para permitir a los regímenes árabes "afinar sus esfuerzos para controlar y suprimir el pensamiento libre y la oposición" y actuar así contra futuras revueltas. Los Acuerdos se han desmoronado, al menos por el momento, a pesar de que los Estados árabes han permanecido en gran medida pasivos en medio de la crisis de Gaza. (Dana El Kurd, "Assessing the Abraham Accords, Three Years On", *Arab Center Washington DC*, 31 de agosto de 2023. Disponible en: <https://arabcenterdc.org/resource/assessing-the-abraham-accords-three-years-on/>).

¹⁶ En una carta a Umberto Terracini en 1969 Bordiga escribió: "Espero, con obstinación y postura que, como siempre he pronosticado, que nuestra revolución vendrá al mundo en 1975, plurinacional, monopartidista y monoclasista, es decir, ante todo, sin el peor molde interclasista, el de la llamada juventud estudiantil." La base de este pronóstico se presentó en 1956 en la sexta parte del ensayo "Dialogato coi morti", donde se decía que la acumulación de capital en el Este y el Oeste se acercaría a una situación explosiva a principios de los años setenta: "¿Se decidirá 1975 por la guerra o por la revolución? De aquí a entonces la lucha teórica se decidirá entre la economía de la explosión, y la de la prosperidad creciente."

eficaces de la civilización capitalista, debido a su capacidad para comprar o matar a todos los enemigos posibles.

El oro británico había permitido movilizar a las tribus árabes para que se emanciparan del dominio otomano y, con ello, asegurar los intereses coloniales británicos en la región (T.E. Lawrence era conocido como "el hombre del oro")¹⁷. El nacionalismo árabe nació entre las ruinas del califato y puede considerarse el resultado de la importación violenta del moderno Estado nación europeo a la región. Los otomanos se retiraron de Palestina en 1917, lo que permitió a los británicos avanzar desde Egipto y ocupar Jerusalén (el general británico Edmund Allenby declaró que "las guerras de las cruzadas han concluido"). Pronto Aqaba y Damasco fueron capturadas por tribus árabes y, mientras Atatürk se hacía con el poder en Turquía, poco a poco el sueño de un nuevo Estado, un Estado árabe, se hizo posible. Sin embargo, fueron los levantamientos contra los franceses en Siria y la revuelta árabe en Palestina en 1936, los que sentaron las bases de lo que Il Programma llamó "la revolución árabe".

Il Programma sostenía que el nacionalismo árabe sería inevitablemente derrotado en la medida en que se organizara según las líneas arbitrarias establecidas en el Acuerdo Sykes-Picot. Los Estados clientes de las potencias occidentales tendrían que ser sustituidos por un Estado suprarregional capaz de unir al pueblo árabe. Para Il Programma poco importaba que esa unidad popular viniera de arriba o de abajo. Lo que importaba era que, en cualquier caso, conduciría al derrumbamiento del mito de la superioridad racial blanca. Hoy, con el ataque a Gaza, este mito está en ruinas. Ahora incluso figuras como Tucker Carlson y Joe Rogan parecen incapaces de defender la superioridad moral de Estados Unidos. Las protestas en los campus estadounidenses, a un nivel nunca visto desde la guerra de Vietnam, indican el desmoronamiento de las creencias entre toda una generación. Los estadounidenses más jóvenes, especialmente los no blancos, son hoy mucho menos propensos a ver favorablemente a Israel como un puesto avanzado de los "valores occidentales" en una tierra bárbara¹⁸. Como Jonathan Greenblatt, director de la Liga Antidifamación, dijo recientemente

¹⁷ A finales de 1917, los británicos habían asignado a las tribus del Sharif oro por valor de unos 2 millones de libras con la esperanza de debilitar al imperio otomano.

¹⁸ Una reciente encuesta de Gallup reveló que, aunque se había producido un descenso en la favorabilidad de Israel para todos los estadounidenses desde el comienzo de la guerra, el mayor descenso se produjo entre los adultos jóvenes (de 18 a 34 años), que eran favorables a Israel en un 64% en 2023, pero sólo en un 38% en 2024 (Jeffrey M. Jones "Americans' Views of Both Israel, Palestinian Authority Down", *Gallup*, 4 de marzo de 2024. Disponible en: <https://news.gallup.com/poll/611375/americans-views-israel-palestinian-authority-down.aspx>

en una llamada telefónica filtrada: "Todas las encuestas que he visto, las de la ADL, las de la CCI, las independientes, sugieren que no se trata de una brecha entre izquierda y derecha, amigos; la cuestión del apoyo de Estados Unidos a Israel no es la izquierda y la derecha, sino los jóvenes y los mayores... Realmente tenemos un problema TikTok, un problema Gen-Z..."¹⁹.

En las páginas de *Il Programma Comunista*, los bordiguistas, si podemos llamarlos así, insistían en que la esperada revolución árabe podría "marcar el fin de la dominación colonialista en toda África, no sólo en el África árabe, sino también en el resto del continente habitado por pueblos de raza negra, por los que corren profundos escalofríos de revuelta". Apostaban a que un mundo descolonizado sería más susceptible al comunismo, ya que sería un mundo multipolar y, por tanto, un mundo con más eslabones débiles que podrían estallar. Por supuesto, sabían que un levantamiento nacional árabe no sería necesariamente revolucionario en un sentido comunista (pero, ¿qué lucha lo es?). Tampoco se hacían ilusiones sobre el bloque soviético como alternativa al Occidente supuestamente más capitalista. Toda su razón de ser como proyecto político se basaba en un claro rechazo (ellos dirían alegremente sectario y dogmático) a tomar partido en esos conflictos interimperialistas. Sin embargo, creían que sólo a través del despliegue del caos en el sistema mundial moderno podría plantearse la cuestión de un nuevo orden internacional.

[#:~:text=Favorable%20ratings%20of%20both%20entities,were%20last%20lower%20in%202015](#)). Una encuesta reciente de Pew reveló que los estadounidenses más jóvenes (de 18 a 29 años) simpatizan más con los palestinos que con los israelíes y que una pluralidad de jóvenes afirma que Israel está llevando a cabo la guerra en Gaza de forma inaceptable, cree que Hamás tiene razones válidas para luchar contra Israel y se opone a la ayuda estadounidense a Israel (Laura Silver, "Younger Americans stand out in their views of the Israel-Hamas war", *Pew Research Center*, 2 de abril de 2024. Disponible en: <https://www.pewresearch.org/short-reads/2024/04/02/younger-americans-stand-out-in-their-views-of-the-israel-hamas-war/#:~:text=Among%20younger%20Americans%2C%2034%25%20say,see%20them%20as%20not%20valid>). Una encuesta realizada por la Fundación Carnegie poco después del 7 de octubre reveló que los estadounidenses de raza negra simpatizaban significativamente menos con Israel que los estadounidenses de raza blanca (Christopher Shell, "Black Americans' Opinions on the Israeli-Palestinian Conflict", *Carnegie*, 13 de diciembre de 2023. Disponible en: <https://carnegieendowment.org/research/2023/12/black-americans-opinions-on-the-israeli-palestinian-conflict?lang=en>).

¹⁹ La grabación de la llamada telefónica fue publicada por el *Tehran Times*, lo que sugiere que fue grabada por los servicios secretos iraníes (Sadegh Fereydounabadi, "American youth break free from Zionist yokes", *Tehran Times*, 13 de noviembre de 2023. Disponible en: <https://www.tehrantimes.com/news/491344/American-youth-break-free-from-Zionist-yokes>).

Preveían luchas autónomas y espontáneas (lo que hoy llamaríamos no-movimientos) organizándose en una fuerza capaz de romper con el imperialismo tanto occidental como oriental. Bordiga ya había insistido en 1913 en que "las opiniones políticas no son el resultado de ideas abstractas o de conocimientos filosóficos y científicos, sino del entorno [l'ambiente] en el que uno vive y de las necesidades inmediatas de este entorno"²⁰. Las opiniones políticas, argumentaba el joven marxista italiano, son más una "cuestión de 'sentimiento' que un producto de la cultura filosófica y científica"²¹. Instó a los socialistas italianos a movilizar este "entorno de sentimientos" en una fuerza política y organizada: un partido revolucionario. Cuatro años más tarde, en 1917, las experiencias de la guerra y el hambre crearon en Rusia sentimientos verdaderamente revolucionarios que distintos grupos de la izquierda, como los socialrevolucionarios y los bolcheviques, supieron canalizar en poderosos movimientos políticos, pero que pronto serían brutalmente reprimidos con el ejército y la policía.

Il Programma esperaba en la década de 1950 que otra organización que aunara este tipo de los sentimientos de las clases trabajadoras -un partido o un "organismo antifforma", como lo llamaría un grupo de bordiguistas contemporáneos- podría unificar el mundo árabe²². Hoy en día, una fuerza de este tipo, si se ajustara a la lejana visión de Bordiga, tendría que adoptar una postura derrotista contra la guerra y, por tanto, también contra los intentos de Estados como Rusia e Irán de utilizar estos conflictos para sus propios intereses²³. Requeriría forjar una nueva organización a través y contra las naciones y partidos políticos existentes. Sería una tarea difícil. Pero las nuevas organizaciones de este tipo podrían basarse en los sentimientos que hoy se expresan en Oriente Próximo como un rechazo abierto al "carisma

²⁰ Amadeo Bordiga, "Un programma: l'ambiente" en *L'Avanguardia*, 1 de junio de 1913.

²¹ Ibid.

²² N+1, "La guerra è dissipazione di energia", en *QuinternaLab*, 7 de mayo de 2024. Disponible en: <https://www.quinternalab.org/teleriunioni/2024/maggio-2024/881-la-guerra-e-dissipazione-di-energia>

²³ Bordiga escribió en una carta en 1957: "La revolución vendrá si se detiene la guerra en su curso, y si se invierte, es decir, si se impide que la guerra se desarrolle. Para que esto sea posible será necesario que se organice un poderoso partido internacional dirigido por la doctrina que afirma que sólo derrocando al capitalismo se impedirá esta serie de guerras. En resumen, la alternativa es ésta: o llega la guerra, o llega la revolución" (Amadeo Bordiga, "Bordiga a Ceglia", 5 de junio de 1957).

poscolonial" y, por tanto, como una crisis de la representación política tradicional²⁴. Como afirmaba Il Programma en 1953, los trabajadores no pueden esperar a un Mesías y sólo "triunfarán cuando comprendan que nadie va a venir"²⁵.

El término "no movimiento" de Bayat (un término que resulta útil precisamente por su *fealdad*) recoge esos sentimientos de desconfianza hacia los líderes carismáticos y el mesianismo político. Para Bayat, el no movimiento es "la acción colectiva de actores dispersos y no organizados". Se refiere a los "no movimientos de los pobres para reclamar derechos sobre el espacio y los servicios urbanos; los no movimientos de los jóvenes para recuperar su juventud, es decir, para hacer realidad sus estilos de vida deseados y realizar sus individualidades; y los no movimientos de las mujeres para luchar por la igualdad de género, ya sea en su estatus personal o en su presencia activa en la esfera pública"²⁶. Se trata de sentimientos promulgados que pueden convertirse en "contagios sociales y emocionales"²⁷

²⁴ Mohammed Bamyeh, "The Rise and Fall of Postcolonial Charisma" en *Arab Studies Quarterly*, Vol. 45, nº1. Marzo de 2023, pp. 61-74.

²⁵ «Sin embargo, el Mesías ha sido contraproducente en todas las revoluciones. Incluso el mito cristiano lo declara así. Cuando Cristo anunció su inminente partida a los apóstoles y a los demás discípulos menores, éstos se quedaron tristes y desamparados. "¿Qué podremos hacer, qué hará la multitud sin tu guía?" Pero Cristo respondió: "Tengo que volver a mi Señor y Padre. Es fácil para vosotros verme aquí en forma humana, hecho carne, como alguien a quien creéis dotado del máximo poder, mientras que físicamente caeré bajo los golpes del enemigo. Sólo después de mi partida vendrá el Espíritu Santo entre vosotros y las masas del mundo bajo una forma invisible e impalpable. Y los humildes millones investidos por él conquistarán las fuerzas del enemigo sin un líder físico". El mito, de hecho, representa el poder social, subterráneo, de una inmensa revolución que socava por todas partes el mundo antiguo. Fue fácil proceder cuando el Maestro hizo temblar y callar a todos, realizando milagros, curando a los enfermos, resucitando a los muertos y golpeando la espada de la mano del agresor. Los trabajadores triunfarán cuando comprendan que nadie vendrá. La espera del mesías y el culto al genio, explicable en el caso de Peter y Carlyle, es para un marxista en 1953 nada menos que una miserable tapadera de la impotencia. La Revolución resucitará, y será terrible, pero anónima» (Amadeo Bordiga, "Fantasmas carlyleanos" en *Il Programma Comunista*, nº 9, 1953).

²⁶ Asef Bayat, "Los subalternos urbanos y los no movimientos de los levantamientos árabes: una entrevista con Asef Bayat", *Jadaliyya*, 26 de marzo de 2013. Disponible en: <https://www.jadaliyya.com/Details/28301>

²⁷ Elaine Hatfield; John T Cacioppo, y Richard L. Rapson, "Emotional contagion" en *Current Directions in Psychological Science*, 2 (3), junio de 1993: pp. 96-99.

masivos que remodelan las relaciones existentes y producen lo que Bayat, en un resumen reciente de su trabajo sobre Oriente Medio, describe como vidas revolucionarias²⁸.

Este "ambiente de sentimientos" puede discernirse hoy en los intentos de los proletarios y otros de desvincularse, o como diría el activista y académico palestino Haidar Eid, "disparticipar", de aquellos -incluidos en Palestina tanto Hamás como la OLP- que intentan canalizar las actuales convulsiones hacia los movimientos políticos existentes²⁹. Ni Bayat ni Eid han argumentado en contra de la organización *per se*, pero entienden que pueden surgir movimientos nuevos y más prometedores sobre la base de un sentimiento generalizado que de las alternativas existentes en la izquierda y la derecha que ya no tienen nada que ofrecer. Además, se dan cuenta de que lo que Bordiga llamó en 1913 *l'ambiente*, es decir, la práctica diaria de los explotados como base para la transformación de sus vidas en relación con sus esperanzas y deseos, no es un surgimiento espontáneo, sino una serie de prácticas y sentimientos vividos³⁰.

Bordiga imaginaba que los movimientos que él llamaba "bárbaros" revivirían los frutos de la civilización que, al contrario que Césaire, sostenía que se habían podrido y por lo tanto estaba muriendo³¹. Su visión de un Occidente podrido parece aún más acertada hoy en día. La tragedia de Palestina refleja un sistema mundial que no sólo no proporciona una buena vida a muchos, quizá a la mayoría, sino que ahora incluso tolera un genocidio televisado. Sin embargo, también muestra el nihilismo que fácilmente puede surgir desde abajo. La creación del Estado Islámico de Irak y el Levante en 2014, en plena guerra civil siria, fue una expresión clara pero fascista de la búsqueda de la unidad árabe. El ataque de Hamás en octubre de 2023, que condujo a la matanza de más de 300 civiles de fiesta en el festival de Re'im, es otro testimonio de que la brutalidad puede venir tanto de abajo como de arriba.

²⁸ Véase Asef Bayat, *Revolutionary Life: The Everyday of the Arab Spring* (Harvard University Press, 2021).

²⁹ Haidar Eid, "Dis-participation as a Palestinian Strategy?", *Al-Shabaka*, 9 de diciembre de 2013.

³⁰ Hoy, en mayo de 2024, los contagiosos y perturbadores sentimientos de los desdichados de la tierra se han hecho tan virales que los políticos de Occidente tachan a las redes sociales de instrumentos que alteran el statu quo. Esto es bastante lógico, ya que los sentimientos globalizados de las masas son tan contagiosos que están remodelando la política a nivel mundial -Estados Unidos es un claro ejemplo de ello- e incluso alimentan un sentimiento creciente entre minorías significativas de que debemos romper con el modo de producción capitalista y, por tanto, con su defensor más importante: Estados Unidos.

³¹ Bordiga, A. (1951): *Avanti, barbari!*, Battaglia Comunista, n°22. Disponible en: <https://artilleriainmanente.noblogs.org/?p=2472>

Podría decirse que este tipo de violencia forma parte de la mayoría de los movimientos que pretenden constituir un Estado o crear una nación. Podría entenderse como la dimensión decadente de la política estatalista. Sólo las masas que se desvinculan de las potencias occidentales, al tiempo que se desvinculan de los llamados males menores de Irán, Rusia y China, pueden encontrar una salida a una civilización genocida que hizo posible Israel, y para muchos judíos tristemente incluso necesario, en primer lugar. La existencia continuada de Israel como Estado colonial es una expresión de una civilización capitalista global que sólo puede superar su tendencia al estancamiento mediante la violencia y la militarización³².

Los bordiguistas apostaban a que la creciente entropía y estancamiento del sistema capitalista se decidiría finalmente por la guerra o la revolución³³. Hoy es la causa palestina la que está revelando el nihilismo de Occidente que los bordiguistas describieron en la crónica de las revueltas árabes del siglo XX. El genocidio que está llevando a cabo en Gaza ha hecho evidente para la comunidad mundial la naturaleza de Israel como Estado racista y de

³² Israel tiene su origen en el sionismo como proyecto colonial nacionalista de colonos dirigido principalmente por judíos asquenazíes alemanes (de habla yiddish) en la primera mitad del siglo XX. A falta de una metrópoli promotora distinta, que caracterizó a la mayoría de los demás ejemplos de colonialismo, las estrechas relaciones con el Imperio Británico, primero, y con Estados Unidos, después, han tenido que sustituirlo. Los supervivientes del Holocausto y los judíos mizrahi (sometidos a un severo racismo) de los países árabes se incorporaron como materia prima a la construcción de la nación. Su carácter colonial se reforzó después con los nuevos territorios conquistados tras 1967. Sin embargo, Israel tiene la desgracia, desde el punto de vista sionista, de ser una sociedad colonial de colonos tardía creada cuando, ante la descolonización y el ascenso del "sur global", las soluciones genocidas llevadas a cabo en Estados Unidos y Australia ya no parecen posibles. Lo que hemos visto en Gaza desde el 7 de octubre es un intento de poner a prueba esa imposibilidad. Si el sionismo imagina Israel como un Estado de todos los judíos del mundo, la realidad es que ahora existe una nación hebrea en Oriente Medio con sus propias contradicciones de clase. El grupo antisionista Matzpen ha argumentado que, sobre la base de tales contradicciones, puede imaginarse el derrocamiento de Israel como un Estado colonial opresor, pero sólo vinculado a levantamientos similares en los países árabes y a una contestación interna que paralice a su protector estadounidense. Hoy vemos indicios de ello. El argumento clásico de que Israel es un Estado colonial fue expuesto por Maxine Rodinson, *Israel: ¿A Colonial-Settler State?* (Pathfinder, 1973). Disponible en: <http://www.nonel.pu.ru/erdfinkel/rodinson.pdf>. Sobre el enfoque de Matzpen a esta cuestión, véase Moshe Machover, "Hebrew self-determination", Matzpen, 2017. Disponible en: <https://matzpen.org/english/2017-01-12/hebrew-self-determination-moshe-machover/>

³³ "Entropía" es el término que N+1 utilizó en su interpretación del análisis de la ciencia de la revolución expuesto en Il Programma Comunista durante los años 50 y 60: <http://www.quinterna.org/pubblicazioni/ennepiuuno/scienzarivoluz00.htm>

apartheid y, por tanto, un lastre político para el llamado Occidente democrático³⁴. Cuando Biden expresa su indignación por la petición de la Corte Penal Internacional de órdenes de detención contra Benjamin Netanyahu y Yoav Gallant, queda claro que el "orden internacional basado en normas" es simplemente el gobierno arbitrario del poder imperial estadounidense³⁵. Occidente está "podrido" precisamente porque, como Césaire sostendría en 1950, "al final del humanismo formal" que legitima el dominio de Occidente, "está Hitler"³⁶. Por eso la lucha por la liberación de Palestina crea las condiciones para la unidad internacional -un contagio social y emocional- no sólo entre los pueblos árabes sino a través de los continentes al generalizar la necesidad de un orden mundial en el que ningún Estado pueda llevar a cabo un genocidio con impunidad. Esa unidad contra lo que el Programa Comunista veía como la civilización podrida y belicista del capitalismo senil -ese "cadáver que aún se mueve"- sería una forma de "medir el gigantesco impacto revolucionario del derrumbe del mito de la superioridad de la raza blanca".

³⁴ "Apartheid" no es más que una analogía destinada a cultivar la solidaridad internacional. Como han argumentado muchos activistas sudafricanos contra el apartheid, la situación a la que se enfrentan los palestinos es significativamente peor que la situación a la que se enfrentaban los no blancos en la Sudáfrica del apartheid. La población de Israel/Palestina está dividida actualmente en tres categorías jurídicas ampliamente definidas: Los israelíes judíos son ciudadanos de pleno derecho, los israelíes árabes no judíos son ciudadanos de segunda clase sujetos a diversas formas de discriminación, y los palestinos no israelíes son una tercera clase sin ningún derecho ciudadano y sujetos a violencia arbitraria. A diferencia de Sudáfrica, la primera categoría considera cada vez más a la tercera (y algunos incluso a la segunda) como un problema que hay que eliminar, como parece que están intentando hacer hoy en Gaza.

³⁵ Felicia Schwartz, "ICC's move against Benjamin Netanyahu puts Joe Biden in diplomatic and political bind", *Financial Times*, 21 de mayo de 2024 (Disponible en: . Por si esto no fuera suficiente, Estados Unidos insistió en febrero contra la CPI en que el "tribunal no debe dictaminar que Israel está legalmente obligado a retirarse inmediata e incondicionalmente de los territorios ocupados". Véase France 24, "US urges UN court not to order Israel out of Palestinian lands", France 24, 21 de febrero de 2024. Disponible en:

³⁶ Aimé Césaire, *Discourse on Colonialism* (New York: Monthly Review Press, 2000), pp. 36-37.

La quimera del panarabismo desde arriba: *Il programma comunista*, nº10, 14-28 de mayo de 1957³⁷

Las últimas noticias procedentes de Jordania anuncian la apertura de una fase de "purga" tras la represión llevada a cabo por la coalición de fuerzas conservadoras en torno al rey Hussein. Los tribunales especiales han empezado a funcionar con amplios poderes, incluida la capacidad de dictar sentencias de muerte; en el campo de concentración de Abdali, unas trescientas personalidades del campo pro-Nasser y panárabe esperan las sentencias de los jueces; el ejército, la policía y la burocracia están siendo sometidos a una amplia purga, que se dice que está bajo la dirección personal de Hussein. Así, mientras la VI Flota [estadounidense] vigila los países limítrofes del pequeño reino hachemí y los marines desembarcan, aunque sea en calidad de turistas, en las costas libanesas, el partido de la Corte, apoyado por las tribus beduinas y los mercenarios circasianos de la escolta del rey, da rienda suelta a impulsos de venganza largamente alimentados.

En la época del antiguo colonialismo, correspondía al ocupante imperialista manejar personalmente la soga. Hoy en día, el imperialismo puede eludir tal necesidad al poder, sin ocupar el territorio en disputa, aterrorizar a los rebeldes y consolidar el poder de los verdugos locales. Es otra confirmación de lo que venimos repitiendo sobre el proceso de sustitución del colonialismo "histórico" anglo-francés por el "colonialismo termonuclear", dramáticamente roto, antes del Canal de Suez, por la maniobra de gran envergadura de Washington. Sin embargo, al repasar los acontecimientos de Jordania, uno se da cuenta de que otros factores jugaron a favor de Hussein y del partido de la Corte, además de la intervención financiera y militar de Estados Unidos. En realidad, la crisis jordana, que en un principio parecía aumentar el número de repúblicas de Oriente Próximo, ha resumido en sí misma todas las contradicciones que atormentan al llamado mundo árabe, colocando en primer lugar el conflicto interno entre panarabistas sobre los medios para realizar "la unidad de la Nación Árabe desde el Golfo Pérsico hasta el Atlántico", como le gusta expresarlo al coronel Nasser.

Tal y como están las cosas en Oriente Próximo, la unificación árabe sigue siendo una utopía inalcanzable mientras se confíe, como es el caso, en la política de los Estados individuales. La contradicción insoluble de la demagogia panárabe consiste en luchar por la

³⁷ El título original en italiano es "La chimera dell'unificazione araba attraverso intese fra gli Stati". Esta traducción se basa en la traducción inglesa de Endnotes, que a su vez se basa en el original italiano, así como en la versión francesa publicada como "Chimere De L'unification Par En Haut" en "Les causes historiques du séparatisme arabe" en *Programme communiste*, nº 4, 1958.

unidad nacional de los árabes de Egipto, Arabia Saudí, Jordania, Irak y Siria, y de los diversos principados del Golfo Pérsico y del Mar Rojo, al tiempo que se pretende conseguirla mediante acuerdos entre Estados; está claro, por el contrario, que una "nación árabe" constituida como Estado unitario sólo es concebible mediante la demolición de las estructuras estatales existentes y la fundación de una nueva estructura política de tipo moderno.

La tarea fundamental de toda revolución burguesa es abolir el particularismo estatal propio del feudalismo. Mientras que el proceso de centralización política ya está muy avanzado en Asia Central y Oriental (India, China), es mucho más difícil en lo que los europeos llaman incorrectamente Oriente Medio, donde, a pesar de la unidad de raza y lengua, el proceso está aún muy lejos, como demuestran las profundas fracturas inter-árabes causadas por el giro de Jordania.

La unificación árabe con la que se llenan la boca los agitadores obedientes al gobierno de El Cairo, si siguiera encomendada a los gobiernos constituidos, sólo sería realizable con una condición: la aparición de un Gengis Kan o Tamerlán moderno de raza árabe, capaz de aplastar por las armas la resistencia particularista al panarabismo. Pero esto presupondría la existencia de un poder económico y, por tanto, militar, del que carece totalmente, como demuestra la huida precipitada del ejército egipcio en la campaña del Sinaí. Consciente de su debilidad económica y militar, Nasser ha intentado en los últimos meses formar una federación de Egipto con Siria y Jordania, en el marco de la alianza existente entre estos Estados, en la que también participa Arabia Saudí. Sabemos que esta especie de OTAN árabe ha llegado a unificar el mando de las fuerzas armadas de los Estados miembros. Pero los acontecimientos de Jordania han demostrado suficientemente que Siria y Egipto, los dos centros del movimiento panarabista, sólo pueden contar con sus propias fuerzas; mientras que las monarquías saudí y hachemita, aferradas a la preservación feudal por un lado y a la amistad con Estados Unidos por otro, se han sumado a la iniciativa de El Cairo únicamente con el propósito de neutralizar la acción de las corrientes proegipcias alimentadas por los refugiados palestinos, como en Jordania, o para recibir mayores regalías de las compañías petroleras estadounidenses, como en Arabia Saudí.

Hasta la derrota de las fuerzas extremas del panarabismo en Jordania, el imperialismo occidental, en sus maniobras para dividir a los árabes y neutralizar la alianza de El Cairo, sólo podía apoyarse en Irak. Hoy, sin embargo, no sólo se ha reforzado el alineamiento militar opuesto, el Pacto de Bagdad (que aglutina a Iraq, Turquía, Pakistán e Irán, y al que también se adhiere Gran Bretaña) con la entrada de Estados Unidos tras la conferencia anglo-estadounidense celebrada en Bermudas el pasado mes de marzo; sino que su

fortalecimiento se corresponde con el grave debilitamiento de la alianza árabe a raíz del conflicto político que ha estallado entre el eje El Cairo-Damasco y Jordania. Adoptando una posición abierta a favor del rey Hussein, justo en el momento en que daba caza a los exponentes locales del panarabismo, el rey Saud de Arabia arrojó al aislamiento a sus propios aliados en Egipto y Siria. En definitiva, la gran contienda que estalla en el invierno de 1955 entre el campo opuesto al panarabismo antioccidental dirigido por Irak (en línea con los intereses del imperialismo) y el campo partidario de la unificación árabe bajo la bandera del nacionalismo y el anticolonialismo, que acepta la dirección política de Egipto, termina, al menos por el momento, con una ardiente derrota de este último. El gobierno de Nasser se encuentra de nuevo en el punto de partida, es decir, en el aislamiento. Peor aún: maneja armas propagandísticas embotadas, ya que las acusaciones formuladas contra el imperialismo occidental e Israel presuponen, para ejercer un control eficaz, la existencia de una verdadera cooperación interárabe; y ésta ha resultado ser sólo una frase.

Así, la injerencia de Estados Unidos, como la de otras potencias imperialistas, en Oriente Próximo, juega con las profundas divisiones que dividen al "mundo" árabe. Los árabes están divididos: esta verdad no escapa a nadie. Pero, ¿se debe la causa de estas persistentes y agudas divisiones políticas únicamente a las "intrigas" de la diplomacia de las potencias imperialistas, como declara unánimemente la prensa panarabista, de la que se hace eco la prensa nacional-comunista? ¿O es todo lo contrario, es decir, que el imperialismo se complace en enfrentar a árabes contra árabes precisamente porque las divisiones entre ellos son parte integrante de la situación en Oriente Próximo?

La organización de la "Nación Árabe" en un Estado unitario que se extienda desde Irak hasta Marruecos es ciertamente -dentro del marco burgués- una aspiración revolucionaria; en ausencia de una revolución comunista proletaria en los países capitalistas avanzados, la unificación árabe no puede ir más allá de la sociedad burguesa. Pero el progreso industrial y la descomposición de los estratos preburgueses entre las clases dominantes son hechos revolucionarios mientras permanezcamos en el marco de las estructuras semif feudales. Por otra parte, la ideología y la política del panarabismo tipo Nasser, lejos de ser revolucionarias, digan lo que digan los partidos afiliados al Kremlin, son utopías conservadoras. Le guste admitirlo o no, el panarabismo de Nasser sueña con aportar a los árabes de África y Asia lo que la Confederación Norteamericana aportó a los norteamericanos, la Unión Soviética a los rusos y la Unión India a los indios; pero no comprende, por razones de clase, que los orígenes de estas organizaciones estatales siempre han sido revoluciones grandiosas que introdujeron, o están en proceso de introducir, nuevos modos de producción y nuevas formas de

organización social. Los enfurecidos panarabistas de El Cairo y Damasco, que sueñan con una edición moderna del Califato, son revolucionarios siempre y cuando el objeto de su odio se encuentre más allá de las fronteras de sus respectivos países; pero dejan de serlo cuando se trata de los asuntos internos de su propio país.

La unificación política del mundo árabe sólo es posible si va acompañada de un movimiento de unificación económica y social, que sólo puede ser un movimiento revolucionario. Sólo una revolución que arrase con las estructuras feudales o incluso prefeudales (¿cómo definir si no a las tribus nómadas beduinas que salvaron el tambaleante trono de Hussein?) puede poner en marcha la eliminación de las divisiones que condenan a la "Nación Árabe" a la impotencia. Basta pensar en la formidable fuerza de la inercia a la que se enfrentan sociedades como Arabia Saudí, Yemen o los principados del Golfo Pérsico, "petrificados" en estructuras sociales arcaicas. Por otra parte, consideremos la extraordinaria evolución política y social de un Estado no árabe de Oriente Próximo, el Estado de Israel, donde se está produciendo un verdadero "trasplante" de industrialismo moderno. Pero los panarabistas al estilo de Nasser quieren cosechar los beneficios de la revolución destruyendo sus semillas. No es ningún secreto que el Napoleón egipcio utiliza los puños de hierro y la dura prisión contra cualquiera que amenace, o parezca amenazar, la estabilidad social interna de Egipto.

En conclusión: en teoría son concebibles dos modos de unificación del mundo árabe: la conquista militar por parte de un Estado hegemónico que borre las divisiones estatales imperantes en el territorio habitado por personas de raza y lengua árabes; o una revolución de las clases bajas que, al destruir el orden establecido, sienta las bases para la fundación de un Estado unitario.

La primera alternativa se ve obstaculizada por la ausencia de un Estado árabe militarmente fuerte y políticamente influyente, capaz de desempeñar las mismas funciones que, en otras condiciones históricas, Prusia hizo por Alemania y Piamonte por Italia. Por otra parte, la existencia de los grandes bloques imperialistas encabezados por Estados Unidos y Rusia hace fácil prever que una guerra entre Estados árabes se transformaría, por la adhesión abierta o encubierta de estos últimos a uno u otro bloque, en una guerra en la que participarían Estados no árabes. ¿Quién podría dudarle tras la llegada de la 6ª Flota estadounidense a aguas libanesas?

La cuestión de la unificación árabe está inextricablemente ligada a la lucha mundial por los recursos petrolíferos y las bases militares. El imperialismo estadounidense no puede renunciar a su posición de fuerza, que le permite tratar con los Estados árabes individualmente, cuando no en competencia entre sí. La proclamación de la Doctrina Eisenhower no fue casual; su objetivo declarado es mantener el "statu quo" en Oriente Próximo. Declarándose hostil a cualquier medida susceptible de "amenazar la independencia y la integridad" de los Estados árabes, el Departamento de Estado envió la 6ª Flota a las aguas del Mediterráneo oriental. Habiendo heredado ahora la supremacía en Oriente Próximo, el imperialismo estadounidense buscaba sobre todo bloquear el camino del movimiento panarabista. Mientras el aplastante poder militar de Estados Unidos garantice el mantenimiento de un equilibrio político caracterizado por la división de los árabes en varios Estados soberanos celosos de su independencia y de los privilegios económicos derivados de sus relaciones con el imperialismo; mientras cualquier intento de unificación (como el previsto entre Egipto, Jordania y Siria) tropiece con la oposición insuperable del imperialismo estadounidense, el movimiento panarabista se estancará en el voluntarismo impotente que demuestra hoy.

En cuanto a la segunda solución, la de una revolución social, sigue faltando. El movimiento nasserista, a pesar de la ardiente demagogia de sus dirigentes, no puede definirse en modo alguno como un movimiento revolucionario de masas. No fue acompañado de ninguna conmoción social, sino que se limitó a injertar en la misma estructura social en la que se había basado la monarquía un régimen político que sólo se diferenciaba de ella por un cambio en la política exterior (e incluso en este punto hay que hacer muchas reservas), cambios que a su vez sólo fueron posibles gracias al nuevo equilibrio de poder entre las principales potencias del mundo. En otras palabras, no fue un levantamiento revolucionario de las masas egipcias lo que dio lugar a la "nueva política exterior" que Nasser inauguró con la nacionalización del Canal de Suez. El coronel Nasser y sus partidarios, de los que se hizo eco la prensa ruso-comunista, presentaron la expropiación de los accionistas del Canal como parte de su supuesta revolución social. En realidad, ésta ni siquiera ha tocado a las capas profundas de la sociedad egipcia que siguen viviendo dentro de la malla de hierro de unas relaciones productivas arcaicas, y ni siquiera ha expresado el deseo de renovación de ninguna burguesía digna de ese nombre.

Sólo la revolución social, cuando sus premisas estén maduras, podrá, demoliendo las viejas estructuras, acabar con la serie de Estados, grandes y pequeños sobre las cuales estas

estructuras derivan toda su necesidad. Es a esta vía a la que los panarabistas de El Cairo y Damasco dan la espalda, confiando su suerte política a las intrigas entre Estados.

Pero es seguro predecir que las futuras condiciones históricas, determinadas por la reanudación de la lucha revolucionaria del proletariado de los países capitalistas, al poner al imperialismo a la defensiva, permitirán al mismo tiempo a los árabes liberarse de la dominación imperialista, por una parte, y de la supervivencia del particularismo feudal, por otra.

Las causas históricas del separatismo árabe: *Il programma comunista*, nº6, 27 de marzo a 6 de abril de 1958

No es la primera vez que abordamos las causas de la división árabe. Ante todo, debemos recordar al lector el artículo "La quimera de la unificación árabe mediante acuerdos entre Estados", que publicamos en este periódico el año pasado, en el número 10. El levantamiento antimonárquico en Jordania terminó en un derramamiento de sangre unos días antes. Todos recordamos el desarrollo de aquellos acontecimientos. El éxito obtenido por el déspota de Ammán, apoyado por la VI Flota estadounidense y las tribus del desierto, contra el movimiento panárabe apoyado por Egipto, no sólo marcó un punto de inflexión en la política interna de Jordania, sino que desencadenó la ruptura abierta entre las monarquías árabes (Jordania y, con ella, Irak y Arabia Saudí) y las repúblicas que encabezaban la agitación nasserista en el Islam (Egipto y Siria).

La última escisión

La escisión provocada por la crisis jordana se ha manifestado plenamente en los últimos días con la proclamación de la República Árabe Unida, que federa a Egipto y Siria. En respuesta, se proclamó inmediatamente otra Federación Árabe entre Irak y Jordania. Para quienes siguen la situación en Oriente Próximo, no hay nada inesperado: estas nuevas invenciones constitucionales confirman que la división árabe es más amarga y despiadada que nunca, y que la unificación a través de los Estados existentes es una vana quimera. Para realizarse, debe seguir caminos diferentes, que no son modificaciones del orden establecido existente, sino su derrocamiento completo. Es decir, debe seguir la vía revolucionaria.

La cuestión importante es saber qué movimiento político es capaz de asumir la terrible tarea de guiar la revolución árabe. Pero al menos por ahora no podemos ocuparnos de esta cuestión, ya que es necesario ante todo estudiar las causas históricas que impiden la realización de la unificación estatal entre los pueblos de habla árabe de Asia y África. No pretendemos agotar en estas pocas líneas una obra tan imponente, ni siquiera trazar su plan completo, sino sólo abordar -y ni siquiera de forma definitiva- los grandes problemas relacionados con ella.

Ante todo, ¿cómo plantear la cuestión? Creemos que sólo puede plantearse en estos términos: ¿cuáles son los factores históricos que impiden la formación de un Estado nacional árabe y que favorecen la perpetuación del desastroso subnacionalismo de los actuales Estados árabes artificiales, y que actúan en sentido contrario a las tendencias unificadoras que surgen de la comunidad de lengua, origen racial y tradiciones que distinguen a las poblaciones que

habitan el norte de África, desde Marruecos hasta Egipto, y el oeste de Asia, desde el Sinaí hasta el Golfo Pérsico?

Quien crea poder responder a tal pregunta atribuyendo al imperialismo capitalista todas las causas de la división que desgarró el llamado mundo árabe, tiene una visión incompleta del fenómeno. Y está perfectamente claro por qué, si tenemos en cuenta que la división y "balcanización" de la nación árabe se produjo mucho antes de que surgiera el imperialismo. De hecho, las antiguas tribus que huyeron de Arabia tras la revolución religiosa y social de Mahoma y conquistaron los países vecinos, estableciendo así sus posiciones actuales en Asia y África, no consiguieron, a pesar de sus lazos de sangre y cultura, constituir una nación. Sólo durante un breve periodo el Califato consiguió imponer la autoridad de un poder central sobre el vasto imperio islámico. Así pues, no es cierto que la división de los árabes sea consecuencia de la dominación imperialista. Pero sí es cierto que la dominación imperialista ha podido perseguir sus objetivos precisamente explotando los poderosos factores históricos que, desde el siglo X, han impedido que los árabes se unieran.

En otras palabras, para explicar la causa inmediata de la sujeción de los árabes al imperialismo capitalista, debemos referirnos a las luchas internas que se manifiestan en la existencia de numerosos Estados de diversos tamaños, pero todos igualmente impotentes para escapar al dominio de la explotación y la opresión imperialistas. Pero explicar la desunión únicamente en términos de intervención imperialista sería caer en una tautología. En realidad, las causas de la división árabe están íntimamente ligadas a la propia epopeya de la conquista musulmana.

El ciclo pasado

El mahometismo, expuesto en el Corán, fue la ideología de la revolución social de las poblaciones nómadas del desierto, dedicadas tanto a la ganadería en tiempos normales como a la rapiña, que se alzaron contra la poderosa oligarquía mercantil imperante en La Meca. En la época de la predicación de Mahoma, los pastores -los beduinos- y los pequeños agricultores constituían la inmensa mayoría de los habitantes de la península arábiga. Por encima de ellos se situaba el dominio de clase de los mercaderes de La Meca, que monopolizaban el comercio marítimo a través del Mar Rojo y los transportes de caravanas que unían el interior con los puertos de la costa, e incluso explotaban las rutas comerciales terrestres desde Europa y Asia a lo largo del Sinaí. Toda la riqueza se concentraba en sus manos, incluidos los alimentos, que las tribus nómadas se veían obligadas a comprar a precios exorbitantes cuando la sequía diezmaba sus rebaños. Mahoma era un "desertor" de la

clase dominante que se pasó al bando revolucionario, habiendo sido -hasta la Hégira- un rico mercader de la poderosa tribu Quraysh.

Dadas las particulares condiciones históricas del periodo en que tuvo lugar, la revolución mahometana sólo pudo ser una aplicación, a escala colectiva, del saqueo beduino, es decir, una forma inferior de expropiación de la riqueza. La "guerra santa" islámica fue en su origen una guerra social contra la usura y la opresión de la riqueza. Pero la revolución que surgió victoriosa de la guerra social sólo podía alcanzar su objetivo si se transformaba en feudalismo agrario, como ocurrió cuando los conquistadores bárbaros derrocaron al Imperio Romano. Las condiciones naturales del país, en gran parte desértico, constituían un obstáculo importante. En la historia del Islam, el desierto desempeña un papel de primera importancia, lo que demuestra hasta qué punto las condiciones materiales "determinan el destino" de los pueblos, como les gusta decir a algunos.

La revolución que desencadenó la guerra civil árabe no pudo detenerse una vez que los ejércitos islámicos, bajo la dirección del "Profeta", conquistaron y pacificaron su patria original: Arabia. Incapaz de lograr sus objetivos en casa, dado que la mayoría de los primeros combatientes revolucionarios y los nuevos conversos se habían visto excluidos del botín, se hizo necesario forzar las fronteras de los países vecinos. Bajo sus sucesores -los califas- la "guerra santa" mahometana tomó la forma de una invasión bárbara, tumultuosa e irresistible porque en su camino se le unieron todos los oprimidos y explotados. Se convirtieron con entusiasmo a la nueva religión, que con su ardiente ideología llamaba a sí a los humildes y a los pobres, y repelía con maldiciones apocalípticas a los ricos y a los usureros. En poco tiempo, la terrible erupción social invadió y sumergió a los dos grandes imperios que tradicionalmente habían perpetuado contra los "bárbaros" en Oriente la función ya desempeñada por Roma en Occidente: el Imperio bizantino y el Imperio persa de los sasánidas. Verdaderas "cárceles de los pueblos" y sedes de la más refinada dominación de clase, se opusieron en vano a la conquista musulmana. Este es un maravilloso ejemplo de cómo Estados poderosos, antiguos pero conservadores, pueden ser subyugados por otros Estados recién formados o incluso de nueva creación, ¡hechos invencibles por la furia revolucionaria que los impulsa!

En pocos años, del 632 (fecha de la muerte de Mahoma) al 720, la conquista musulmana se extendió por un territorio inmenso. Se extendía desde Sind (en el sudeste del actual Pakistán) hasta más allá de los Pirineos. El Imperio sasánida persa había sido destruido y el bizantino, mutilado en gran medida. Asia Menor, Siria, Palestina, el Egipto romano y el Magreb se habían perdido para Bizancio. La monarquía visigoda de España fue barrida y

desapareció en la nada. El secular imperio sasánida, que comprendía el actual Irak e Irán hasta el Amu Darya, se derrumbó estruendosamente y sus antiguas ciudades, como Bagdad, se convirtieron en los centros de la nueva civilización del Corán. Una inmensa revolución estaba transformando el mundo. Teniendo esto en cuenta, resulta aún más sorprendente la incapacidad de los árabes, magníficos conquistadores, para crear un Estado nacional.

En este sentido, los árabes son quizás únicos entre los pueblos conquistadores. Los mongoles, por ejemplo, lograron fundar imperios mucho mayores que el musulmán, pero ocuparon los territorios conquistados durante poco tiempo, retirándose finalmente a sus tierras natales o siendo absorbidos étnicamente por las poblaciones nativas. Los árabes, en cambio, lograron superponerse a las poblaciones sometidas e incluso transformar los territorios conquistados en propios; pero fracasaron completamente en el intento de superar su particularismo bárbaro y dotarse de un gobierno político unitario, un Estado nacional. Esto, como vemos hoy, retrasó enormemente el desarrollo de África y Oriente Próximo.

De hecho, hubo un tiempo en que parecía que la tendencia unitaria se impondría en el incandescente mundo islámico, cuando el califato pasó a manos de la dinastía omeya (600-750). Bajo los omeyas, el Islam alcanzó su máxima extensión territorial, y luego comenzó su inevitable declive. Los omeyas, apartándose un tanto de la ortodoxia política coránica, intentaron liquidar el separatismo, profundamente ligado a las tradiciones de un pueblo que había vagado durante siglos por el desierto, sin conocer otra forma de vida social que la tribu nómada, rebelde a cualquier forma de coacción que no fuera la ejercida por la naturaleza. Era un experimento que apenas arañaba la superficie. El gran diseño político de una monarquía nacional, absoluta y hereditaria, apoyada por una burocracia militar y civil que habría asegurado al poder central un control regular sobre el inmenso imperio, iba a fracasar estrepitosamente. Las fuerzas del atavismo anárquico beduino se impusieron a las tendencias centralizadoras y nacionalizadoras. El comunismo tribal primitivo, colectivista internamente y anárquico externamente, había permitido a los nómadas del desierto que criaban ovejas y camellos derrocar a la aristocracia mercantil de La Meca. Había alimentado la revolución mahometana con una fe fanática y un coraje extraordinario. Pero tuvo un impacto negativo cuando, habiendo abandonado los ejércitos Arabia y conquistado un gigantesco imperio, llegó el momento de darle una base política que asegurara su continuidad.

Puede sorprender a algunos que atribuyamos cierta influencia negativa al primitivo comunismo beduino. Pero para los marxistas, el comunismo no es un ídolo al que sólo haya que alabar. Hay un comunismo primitivo que marca la emergencia de la especie humana

desde el estadio animal de su existencia, y como tal representa una revolución de alcance inconmensurable, quizá la mayor de todas las revoluciones. Al asociarse, el antropoide se convirtió en hombre. ¿Qué mayor homenaje puede rendir el marxismo al comunismo primitivo? Todo lo que existe y existirá entre el comunismo primitivo y el moderno es, para el marxismo, un paréntesis infame pero necesario en la existencia de la especie.

La desastrosa escisión entre chiíes y suníes, es decir, entre la vieja guardia del mahometismo que había acompañado al Profeta en su emigración (la Hégira) de La Meca a Medina, y los innovadores, iba a hacer añicos para siempre las todavía frágiles estructuras del Estado nacional árabe. La dinastía abasí que se apoderó del califato en 749, desbancando a los omeyas, pronto se vio reducida al rango de esas monarquías feudales cuyo excesivo poder y lejanía de sus vasallos las vaciaba de toda autoridad efectiva. El Califa quedó reducido al rango de mero jefe de la religión islámica, casi desprovisto de poder temporal. El desmembramiento del imperio fue rápido e irreversible. Pocos años después de su derrocamiento, los exiliados omeyas que habían escapado a la venganza de los vencedores se refugiaron en España, donde fundaron un emirato independiente. Más tarde, incluso el Magreb y Egipto se hicieron prácticamente independientes del gobierno de Bagdad. Con el cambio de siglo, la involución era completa. El Califato se había reducido a gobernar, y ni siquiera directamente, sólo Irak; el Islam estaba dividido en numerosas dinastías, más o menos independientes, y el Estado nacional era menos que un sueño.

La ausencia de ese Estado, inspirado en las monarquías nacionales que se estaban formando en Europa, tuvo consecuencias históricas de una importancia colosal. Es fácil imaginar que un Estado nacional árabe sólidamente construido podría haber evitado las victorias obtenidas por las Cruzadas. ¿No fue en esa época cuando Europa adquirió la supremacía sobre África y se puso en su contra? Si consideramos entonces que los golpes infligidos al poder árabe por los ejércitos de los cruzados sentaron las bases de la ruinosa invasión de los mongoles y, más tarde, de la conquista de los otomanos, tenemos un cuadro completo de las repercusiones negativas que la falta de unificación árabe tuvo en la historia de tres continentes.

Si abandonamos el terreno de las conjeturas y nos mantenemos en el de la historia, del estudio del ciclo histórico árabe se desprende una conclusión clara, que puede parecer obvia. Debido a su incapacidad para fundar un Estado nacional, los árabes pasaron de ser

conquistadores a ser conquistados, y se vieron apartados del progreso histórico, es decir, condenados a permanecer en las profundidades del feudalismo, mientras los Estados de Europa se preparaban para salir de él para siempre y adquirir de paso la supremacía mundial.

Ahora podemos explicar fácilmente las causas históricas de la caída de los árabes bajo el yugo de la dominación imperialista. Sabemos, es decir, que dos conjuntos de causas conspiran para mantener el actual estado de desunión e impotencia árabe (que es la condición de la perpetuación de la explotación imperialista): las tradiciones conservadoras seculares en el interior, y la injerencia extranjera desde el exterior. ¿Qué significa esto políticamente? Significa que el mundo árabe tendrá que asumir la terrible tarea de una doble lucha: la revolución social y la revolución nacional, la revuelta contra las clases reaccionarias que mantienen tradiciones caducas y contra los ocupantes extranjeros. Sólo la victoria en estos dos frentes puede garantizar el triunfo de la unidad árabe, desde el Océano Atlántico hasta el Golfo Pérsico.

El juego del imperialismo

Si seguimos por el mismo camino, la "balcanización" de los árabes llegará a sus últimas consecuencias. Los árabes se verán cada vez más confinados en Estados prefabricados, es decir, Estados fabricados por el imperialismo y sus agentes. Estados infestados de una miseria deprimente, desalentados por una impotencia insuperable, que agotarán su fútil existencia en luchas intestinas. En la actualidad existen innumerables bloques interárabes. Las dos federaciones rivales que se disputan la adhesión de otros Estados (los sirio-egipcios han conseguido el voto de Yemen, los iraquíes-jordanos siguen cortejando a los sultanatos del Golfo Pérsico) se ven ahora amenazadas por la adición y la oposición de la Federación del Magreb, apoyada por Mohamed V y Bourguiba, que debería incluir a Túnez, Marruecos y Argelia una vez que esta última haya conquistado su independencia. Pero ya sabemos, por la retórica antinasserita de Bourguiba, que la proyectada Federación está orientada a favor de Occidente y en contra del panarabismo. También hay que tener en cuenta a los Estados que juegan un doble juego, como Arabia Saudí, Líbano y Libia, que tienen una sonrisa para la Liga Árabe (¿por qué demonios sigue existiendo?) y dos para el Departamento de Estado estadounidense.

Pero el imperialismo no duerme tranquilo. Las invocaciones alarmadas del "peligro ruso", las fábulas sobre las "infiltraciones rusas" en Oriente Próximo y el Magreb sirven para ocultar la flagrante realidad. Lo que realmente temen las burguesías europeas, y con ellas el imperialismo norteamericano, es el progreso real del movimiento de unificación árabe. ¿Ha pensado alguien en las enormes consecuencias que tendría la formación de un Estado árabe

unitario? Marcaría el fin de la dominación colonialista en toda África, no sólo en el África árabe, sino también en el resto del continente habitado por pueblos de raza negra, por los que corren profundos escalofríos de revuelta. Los mitos fabricados por la clase dominante tienden a inculcar en la mente de las clases oprimidas el prejuicio de la inutilidad de luchar contra el orden imperante. En ese caso, ¿quién puede medir el gigantesco impacto revolucionario del derrumbe del mito de la superioridad de la raza blanca?

Desmenuzados en varios pequeños Estados, divididos por innobles cuestiones dinásticas, devorados vivos por los esbirros de los monopolios capitalistas extranjeros que ceden alegremente gran parte de sus beneficios petroleros, sumidos en las mortíferas alianzas militares del imperialismo, los Estados árabes no sólo no inspiran ningún temor al imperialismo, sino que sirven de peones en su diabólico juego. Pero, ¿qué ocurriría si los árabes, superadas sus divisiones suicidas, fueran capaces de fundar un Estado nacional que abarcara todos los territorios africanos y asiáticos habitados por poblaciones árabes? ¿Tendríamos sólo el despertar de toda África? No, los del campo revolucionario comunista conseguiríamos mucho más. Conseguríamos asistir a la muerte definitiva e irrevocable de la vieja Europa, de esta Europa burguesa podrida, corrupta, letal, infectada de reacción y de fascismo más o menos disfrazado, que desde hace cuarenta años es el caldo de cultivo inagotable de la guerra imperialista y de la contrarrevolución.

Por eso apoyamos la revolución nacional árabe. Por eso estamos en contra de los gobiernos de los Estados árabes que persiguen abiertamente objetivos separatistas y reaccionarios (las monarquías de Oriente Próximo) o tienden a establecer un reformismo superficial y a colaborar con Occidente (Burguiba, Mohamed V). Tampoco podemos, como los comunistas de Moscú, apoyar incondicionalmente el movimiento panárabe de Nasser, porque en él hay demasiado lastre reaccionario, enmascarado vanamente por un hábil juego demagógico. El Estado nacional no será fundado por ellos. A cada uno de ellos le gusta hacerse pasar por campeón del Islam. Pero su islamismo es para los compañeros de Mahoma lo que el cristianismo católico es para los agitadores de las catacumbas.